Varios 4º. Tom. 19
L
3393-10

ORIGEN
DEL APELLIDO
MALDONADO

POR

EL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS.

MADRID
MDCCCLXXIV

Tiene el gusto de regalar á el Excmo
Señor Teniente Gral D. Eduardo San
Roman la presente memoria
del origen de su apellido de su
mas atento amigo antiguo
S. S.

Q. b. s. m.

Vicente Muñoz
Maldonado

BIBLIOTECA
E. F. San Roman

ORIGEN

DEL APELLIDO

MALDONADO.

POR

EL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS.

MADRID

MDCCCLXXIV.

MALDONADO.

Al puerto de la insigne Barcelona
Dirígense triunfantes las galeras,
Que de Aragon la gloria y poderío
De asegurar acaban en Becerta,
Donde tornando el mar lago de sangre
Y las líbicas playas en hogueras,
En las playas y el mar desbarataron
Del sarraceno aterrador las fuerzas.
Libre á Sicilia, á Nápoles, á Malta,
Del yugo y de las bárbaras cadenas,
Y seguros el púnico y tirreno
Con la victoria de sus armas dejan.

Ya descubrian del altivo Monjuich el fuerte, cuando se les levantó la más horrorosa tormenta, de modo que rotas las naves y dispersas, sólo esperaban descanso en el abismo del mar; nadie esperaba salvarse.

Cuando Perez de Aldana, el Almirante,
Que mal herido en la batalla fiera
Que acaba de ganar á los infieles,
Yace en un lecho, donde vive apenas,
En brazos de abatidos marineros,
Que en él sus esperanzas tienen puestas,
Sube al alcázar de su rota nave,
Despreciando el turbion y la tormenta,
Y cayendo en la tabla de rodillas,
Los mústios brazos trémulos eleva,
Y en los golpes de mar todo empapado,
Y dando al huracan la cabellera,
Dice, en fé viva ardiendo: «Vírgen santa,
Lucero de la mar, del cielo Reina,
Madre del Redentor, salva á tu pueblo,
Salva las naves de Aragon, que llevan
Tu excelso nombre á los remotos mares,
Tu santo culto á las remotas tierras;
Y que la santa ley del Hijo tuyo
Es el principio y fin de sus empresas.
Hago voto solemne, ¡oh Vírgen pura!
Si nos concedes tu piedad inmensa,
De ir en humilde y santa romería
De Monserrate en la enriscada sierra,
Y colocar ante tu altar sagrado,
Y rendir á tu imágen como ofrenda
De estas nuevas victorias los despojos,
Del infiel debelado las banderas.»

Y esforzándose más la Salve entona, que repiten mil voces; y no se perdieron las plegarias, porque jamás se pierden las que se dirigen á la Santa Vírgen, pues de pronto rompiéronse las nubes y empezó á esclarecer, llenando todos los pechos de esperanza. Por fin concluyó la tempestad, y todo se puso en calma.

El dia de la fiesta de la Vírgen de Monserrate, cuando acuden á su santuario gentes de toda España y sin escepcion de ninguna clase,

Que vienen de todo el mundo
Peregrinos á millares,
Y hasta hereges y paganos
Buscando alivio á sus males,
En medio de aquellas turbas
Entre confusion tan grande
En una humilde camilla
Sube enfermo y anhelante
A cumplimentar el voto
Con que libertó sus naves
El noble PEREZ DE ALDANA,
Aragonés Almirante.
Llega á la puerta del templo
Donde le acogen los frailes,
Y colocan la camilla,
De la que no puede alzarse,
Tras de un pilar del crucero,

Desde do el enfermo alcance
A cubierto del bullicio
A ver las solemnidades.

Pues estaba tan postrado y doliente, que así sólo podia asistir á los oficios y encomendarse á Dios.

Ya en un dia hermoso como de Mayo habian empezado los repiques de las campanas á anunciar la funcion, y el inmenso gentío llenaba las anchas naves del templo en donde se iba á celebrar la solemne misa,

Cuando un francés caballero
De escuderos y de pajes
Servido, arriba y penetra
Con desenfado notable
La apiñada muchedumbre,
Hasta lograr colocarse
Junto al pilar, do en su lecho
Está el herido Almirante.

Que habia ido disfrazado de romero, y deshecho su semblante con la larga enfermedad, que nadie le conocia.

Iba siguiendo la funcion.

Y el tal francés caballero,
Sin que respeto le ataje,
Y por ver más á su gusto,
Cansado ya de empinarse,

De pié atrevido se pone,
Insultador y arrogante,
Sobre la humilde camilla
Do Perez de Aldana yace.
Esto lo sufre un momento,
Aunque le hierve la sangre;
Mas cuando el otro le pisa
Ya no tolera el ultraje.

Y en voz baja, descompuestos los semblantes, así hablaron:

ALDANA.

Cuidad, vos, caballero,
Lo que haceis por distraccion.
Guardad consideracion
A un impedido romero.

FRANCÉS.

Basta, buen hombre. Si vos
Qué pié excelso os ha pisado
Conociéseis, muy honrado
Os creyérais, vive Dios.

ALDANA.

Pues si á vos adivinar
Os fuera dado quién es
Este en quien poneis los piés,
Por Dios que habíais de temblar.

FRANCÉS.

¿Temblar yo?... ¡Temblar! ¡Insano!....

Soy duque de Normandía,
Y á no estar aquí pondria
El pié en tu rostro villano.

ALDANA.

Yo desprecio tu blason
Y tu estirpe soberana,
Porque soy Perez de Aldana,
Almirante de Aragon.
Y porque fuera gran mengua
Profanar el templo santo,
Vive Dios, no me levanto
Para arrancaros la lengua.
Mas juro de insulto tal,
Si cobro mi muerto brío,
Pediros en desafío
La reparacion cabal.

FRANCÉS.

Os esperaré en París
Y dispuesto á todo estoy.

ALDANA.

¡Ay de vos si á Francia voy!

FRANCÉS.

¡Ay de vos si allá venís!

No hablaron más, porque la gente empezó á alterarse, y convenia mesura en el lugar sagrado. El francés tiró el guante á Aldana y se perdió

entre la turba A su tiempo llegó Aldana á París, se preparó el lugar del desafío, régiamente adornado, como correspondia al duque de Normandía, hijo del rey.

Ya en los palcos señoras y señores,
Con ropajes espléndidos de gala,
Forman como un jardin de varias flores
Que el amoroso céfiro regala:
Y relámpagos dan y resplandores
Las ricas joyas donde el sol resbala,
En pechos, puños, talles y cabezas,
Ostentando á la par gusto y riquezas.

. . . . . .

En helado silencio el circo queda;
Ni respirar en rededor se escucha,
No hay quien disimular el pasmo pueda;
La duda es grande, la ansiedad es mucha.
El rey, sin que al temor de padre ceda,
Al cabo manda comenzar la lucha:
Mas al tender el cetro soberano
Temblor ligero se advirtió en su mano.

Revuélvense los dos ardiendo en ira;
El cordobés tordillo es más ligero,
Con más presteza el Almirante gira,
Y encuentra de soslayo al Duque fiero
Y crudo bote con su lanza tira,
Tan firme, tan seguro, tan certero,
Que un lirio de oro le arrancó sañudo,

De los cinco que ostenta en el escudo.
Debió quedar del golpe satisfecho,
Pues aunque el Duque en el gorjal le hiere,
Otra vez á su escudo va derecho,
Y otra lís, de su lanza al golpe, muere.
Brama el francés de cólera y despecho,
Y por más que vengar la afrenta quiere,
Dos lises más dió á Aldana la fortuna,
Y en el broquel no queda más que una.
Del Príncipe acudió la ligereza,
Y la espada diestrísima interpola.
Entonces amenaza á la cabeza
El Almirante, que apuntó á la gola,
Y cambiando la accion con gran destreza,
Aquella flor de lís, que aislada y sola
Quedaba en el escudo, á tierra vino,
Fuese casualidad, ó fuese tino.

A un golpe de Aldana, cayó como muerto el Duque, y le iba á rematar Aldana cuando el Rey se interpuso.

«Afortunado triunfador, yo empeño
Mi palabra real, mi nombre augusto,
Ya que del hijo que idolatro, dueño
Os hizo en esta lid el cielo justo,
De daros de su vida en desempeño
Cuanto anhelar pudiera vuestro gusto.
Pedid, pedid, satisfaceros fio,
Y guardad como prenda el cetro mio.»

Oyéndolo suspende la venganza
El Almirante noble, y el cuchillo
Tirando, el cetro con respeto alcanza
Del polvo, que ofuscaba su alto brillo.
Saluda al Rey con plena confianza,
Monta gallardo y grave en el tordillo,
Y deja del estadio los confines
Saludándole trompas y clarines.

El Rey de Francia en su trono
Servido está y circundado
De Príncipes, Duques, Pares,
De su reino dignatarios,
Y con ellos gravemente
Trata sobre el grave caso
De la vida y del rescate
Del Príncipe desdichado.
Del Duque de Normandía,
Que aún convaleciente y flaco
De la herida peligrosa
Y del golpe del caballo,
Del dolor del vencimiento
Y de haber visto rodando
Por el polvo sus blasones
Y su noble escudo en blanco;
Melancólico silencio
Guardó en el debate largo

En que opiniones distintas
Con calor se ventilaron.

Perdieron el tiempo en discursos muy hermosos, y en el instante en que ardia más tenaz el altercado fué anunciado Aldana con su padrino el Duque de Brabante, quienes entraron.

EL REY AL ALMIRANTE.

Tratábamos justamente
Yo y mis fieles consejeros
La manera de ofreceros
Un rescate competente.

ALMIRANTE.

Nunca lo dudé, señor.
Cuando se dá una palabra,
Hasta que se cumple labra
El pecho donde hay honor.

REY.

Pues voy á cumplir la mia.
¿Admitís un noble estado
Fecundo, rico y poblado,
Con castillo en Normandía?

ALMIRANTE.

Señor, cuando deseamos
Los españoles tener
Estado de poseer,
Al moro lo conquistamos.

Cuanta tierra el cielo abarca
No admitimos, vive Dios,
Sin ganarla, ni de vos
Ni de otro extraño Monarca.

REY.

¿Quereis, pues, que os pague en oro
El peso de mi hijo amado,
Aunque empobrezca mi Estado
Y consuma mi tesoro?

ALMIRANTE.

Guardad, Rey, tanta riqueza
Para algun aventurero;
No se gana con dinero
A la española nobleza.

REY

¿Alto nombre, dignidad,
Mando, gloria, honra quereis?

ALMIRANTE.

Cuanto vos me proponeis
Lo tengo con saciedad.

REY.

Si pudiera mi corona
Daros, con ella os brindara.

ALMIRANTE.

Puede que no la aceptara,
Aunque el ser vuestra la abona.

REY.

¿Conque cuanto digo es vano,
Y me confundo y me aflijo
Al ver que esté de mi hijo
La existencia en vuestra mano?
Pedid. ¿Por qué os deteneis?
Pedid sin tino y medida,
Y pedidme hasta mi vida,
Pues mi palabra teneis.

ALMIRANTE.

Pido que su escudo quede
Blanco y liso cual está,
Y recuerdo le será
De que á nadie pisar puede.
Y yo en el escudo mio
Las cinco flores de lís
Que le arranqué en San Dionís
Y gané en el desafío,
Por blason he de llevar;
Para perpétua memoria
En que asegure la Historia
Que no me dejé pisar.

. . . . . .

ALMIRANTE.

Pues la palabra, señor,
Que me dísteis, no cumplís,
Guardad las flores de lís
Pero perded el honor.
Este cetro es prenda mia
Y me lo llevo, y con él,
Aunque lo escude el dosel,
Al Duque de Normandía.

. . . . . .

REY.

Almirante de Aragon,
Las cinco flores de lís
Ganadas en San Dionís,
Os concedo por blason
Y liso quede el escudo
Del Duque de Normandía,
Ya que por su estrella impía
Guardarlo de vos no pudo.

De dolor mal comprimido
Resonó murmurio infausto,
Y de púrpura y de azufre
Los semblantes se bañaron.
El Almirante impertérrito
Subió con desembarazo

Las cuatro gradas del trono,
Y le dijo al soberano:

ALMIRANTE.

Os vuelvo el cetro, señor,
Y sabed que no ha perdido
El tiempo que lo he tenido
Su gloria ni su esplendor.
El Duque, irritado y fiero,
Dijo entre los cortesanos
Que su padre no podia
Inferirle tal agravio.
Y c'est mal donné, gritaba
C'est mal donné, despechado
Y oyéndolo el Almirante
Contestóle sin mirarlo:

ALMIRANTE.

Para que más satisfecho
Mi honor hoy pueda quedar,
Tambien quiero perpetuar
Ese imprudente despecho.
Y aunque el de Aldana acatado
En toda la tierra ha sido,
Desde hoy será el apellido
De mi estirpe MALDONADO.

Madrid, 1852.

El Duque de Rivas.